

Capítulo 23. Del contagio interior, el artículo, el héroe Onán y la indignación del lector.



Tomás ya se había comido su sopa y estaba a punto de tomarse un vaso de vino tinto, cuando entraron los tres. -Allá atrás todavía hay una mesita para las damas -gritó-, mesero, muéstreles a las damas la mesa vacía, y usted Keller-Caprese, venga para acá. Tengo algo que contarle -y sirviéndole al pintor un vaso de vino, comenzó a decir-: Usted no ha querido creerlo, usted no ha querido creer que a mí me guía especialmente el destino, que he sido elegido, que sobre mí actúan fuerzas celestiales. Pero aquí tiene usted la prueba evidente -le ofreció al pintor su mano maltratada-. Todo lo que digo y hago sucede sin mi intervención. Soy, en el verdadero sentido de la palabra, vivido; sí, dudo con respecto a que pueda hablar de un Yo en mí.

Uno de los señores que estaban en la mesa, el que se encontraba frente a Tomás, un hombre viejo con lentes, de labios delgados y sin bigotes, que usaba patillas cortas y ya canosas, comenzó a prestar atención a la plática. Al principio titubeaba al comer y, luego, terminó por hacerlo precipitadamente. Parecía tener ganas de participar en la conversación.

-La insistencia en el Yo es algo que debe ser superado -dijo Keller-Caprese, mientras elegía cuidadosamente un pedazo de pescado sin lograr que el mejor le saliera al encuentro- las naturalezas egoístas me resultan asquerosas.

Tomás, como de costumbre, no prestó ninguna atención a lo que decía su interlocutor. -Hace un rato, cuando la fantasmagoría infernal entró al compartimento en la forma de las dos mujeres y yo salté del seno materno del arte, el dinero tintineó en mi bolsa, me previno y, cada vez que la cosa se ponía peligrosa con la manzana de Eva y el paraíso de las muchachas, eso se inquietaba en el área del bolsillo de mi pantalón y golpeaba al oro. Sé ahorrativo con tus bienes. Y así, hace unos momentos que los abandoné a ustedes, hice el propósito de reanudar la amistad en Berlín. Sin embargo, me salvó el endaimonion. Cuando iba imaginándome cómo forzaría las puertas virginales y abrí la puerta del pasillo, sólo para hacer realidad mi imaginación, entonces vi ante mí el estrecho corredor que conduce al salón comedor, que es el estómago del tren. En ese momento, di un traspie y me caí, anticipándome así simbólicamente a la caída original, que para mí ya no viene al caso. Y mi mano, que ya había agarrado mentalmente y con precisión la hinchada manzana del placer pecaminoso, de repente fue aplastada. Oh, ustedes doctores, investigadores y sabios -continuó diciendo en pleno éxtasis-, ¿no veis, pues, que la mente se procura la forma; ni que el dios interno dejó cojo a Hefesto para hacerlo repugnante a los ojos de Afrodita y que así le permitieran conservar el arte de la herrería; ni tampoco notáis que Beethoven era sordo para que no oyera otra cosa sino al demonio cantor que tenía dentro, y que Homero era ciego, porque no debía ver nada de lo que acontecía en su exterior?

El señor canoso ya hacía un rato que se movía en su silla de aquí para allá, se acomodó los lentes e interrumpió a Tomás. -Lo que usted está diciendo no es nuevo en absoluto. Usted lo tomó de escritos búdicos, y es usual en la ciencia dar las fuentes de las que uno extrae agua. El que no hace eso comete un plagio, ¿entiende usted? un plagio. Usted es un plagiaro -lanzaba las palabras con tal furia, que parecía como si tuviera a un tremendo criminal enfrente y lo fuera a atropellar.

-Ciencia, conocimiento y olfato -Tomás acogió la réplica a su manera-. Este olfato -y se daba golpecitos en la nariz-, esta nariz, es una prueba excelente de que el ser interior crea al exterior, y el que sabe de estas creaciones pertenece, sin duda, al gremio de la ciencia, aunque sea un plagiaro. Vea usted, el arribista cultivado llama a tal cosa “nariz”, y además de eso “la nariz”, mientras que los franceses por lo menos dicen

le nez, y con razón, pues tal cosa es masculina, absolutamente masculina. La hembra carece del miembro que se alza. Esta naturaleza fálica de la nariz motiva que, en su forma, se den a conocer los instintos y las más profundas emociones de las gentes. La nariz grande y larga anuncia un alma fuerte y desarrollada, mientras que los chatos se quedan estancados entre los quince y los diecisiete años, encuentran placer en los deleites de la adolescencia y hasta ejercen el amor como jugando. La nariz en forma de papa es una huida hacia lo femenino, por el miedo que se siente a la propia fuerza. Y ahora lo que sucede conmigo. Mi nariz -me repugna usar una palabra femenina- es roja, está pues bajo el signo del amor; pero para que no me haga yo muy frecuentemente el Hércules de Onfalia, brotan a su alrededor granitos amarillentos, seguro para que yo ahuyente a las mujeres. Porque en última instancia no necesito a la mujer, yo soy lo suficientemente mujer -se golpeó orgulloso el estómago-, estoy embarazado y super-embarazado. Pero la tentación es grande y, créanlo o no, cada vez que me encuentro a Eva, mi Adán hace brotar en mi nariz un nuevo grano. Quisiera saber... -sacó un espejito de su bolsa y se contempló-. En verdad que Elenita me causó uno nuevo. Así pues debe chorrear, y de ese modo perderse el encanto. La excitación será disminuida -se pellizcó el grano.

-Estas diferencias en el uso del artículo en las diversas lenguas -se interpuso el señor de los lentes, que miraba su vaso de vino, en el que se reflejaba la luz, como si allí fuera a encontrarle alguna solución a su problema- me han dado muchos dolores de cabeza. Nosotros decimos la sol* y en griego se utilizaba la palabra helios y en latín sería...

- *Le soleil* -completó la frase en ese momento el cuarto hombre, que sólo se había dedicado a comer con avidez.

El canoso asintió benigno. -Correctísimo, *le soleil*, muy bien e *il sole*, si quisiéramos seguir. Pero para llegar al final, quizá los antiguos, o para expresarme con mayor precisión, los pueblos de temperamentos calientes se representaban la rueda solar como una divinidad masculina, porque concentraban su atención especialmente en las fuerzas devastadoras del calor calcinante. Las pestíferas flechas de Apolo, que muchas veces coinciden con Helios, podrían ser los rayos...

-Ja, ja, ja -se rió Tomás de una manera ahogada-. Rayos, usted ya lo entendió. ¿Desde cuándo, pues, puede la mujer producir un rayo?, a ella le escurren por todos lados.

-Ja, ja, ja -resonó una risa a coro, Keller-Caprese se levantó apoyando las manos en las rodillas y gritó entre carcajadas:- Sí, y los griegos eran navegantes, marinos, y como tales tenían interés en los líquidos salados, en...

-...los barcos -le cortó Tomás la palabra.

El señor de los lentes alzó el labio inferior en señal de desaprobación. -Sea como sea, yo solo quería hacer notar que hay idiomas que honran la fuerza de los héroes en la figura del sol, quizá también se pudiera decir que ven allí lo testimonial, mientras que nosotros nos inclinamos más por lo fecundador, lo maternal y... -sonreía con suma benevolencia- no se va muy lejos si se supone que nosotros los alemanes, con nuestro fatal clima neblinoso, que hizo sufrir tanto al gran Goethe, queremos indicar las veleidades de las mujeres con el uso del artículo femenino para el sol. Pero lo que siempre se puede decir sobre eso, no es atinado para otros objetos. Por ejemplo, ¿qué podemos decir con respecto a que hablamos de “el árbol”, pero luego nos referimos a “la ceiba”?

Tomás se medio incorporó del asiento: -Buda -dijo-, el efecto de la presión interna. Usted es profesor y esa ocupación con el oficio de enseñar, castigar y golpear lo obligó a usted a elegir el ejemplo de la ceiba, o mejor dicho, porque usted ama la vara, por eso se hizo maestro.

El señor se había acomodado en su asiento y sonreía como si acabara de darle una mordida a una manzana verde. Cuando vio que Keller-Caprese le ponía enfrente un durazno, de manera que los rojos cachetes de la fruta se distinguían divididos por una incisión, logró zafarse y se levantó ya sereno.

Tomás lo jaló de nuevo a su asiento. -No, no, señor profesor -le rogó-, sus opiniones son demasiado interesantes; usted es, en cierta forma, un perito; así pues, permítanos charlar y no preste atención a las

*.- En alemán, el artículo de la palabra sol es femenino, lo que da origen a la disquisición del señor de los lentes (N. del T.)

estúpidas tonterías de este necio jovencuelo. Nosotros dos no hemos culminado nuestra efusión, y tal interrupción es dañina. En estas cuestiones, apenas he metido la nariz -y sí, se llama el nariz, tiene que llamarse el nariz. Meter, eso es por supuesto masculino; y poner una nariz muy larga, la mujer no consigue ese tipo de crecimiento.

Otra vez intervino el cuarto comensal, mientras que, dejándose llevar por el placer, intentaba sacar de su bolsa un puro sin ver. -Burlarse en las narices, no, eso no lo puede hacer la mujer, por lo menos no con ella misma, como sucede con tanta frecuencia con nosotros -finalmente, había logrado extraer el puro y le cortó la punta. Tomás se quedó mirándolo con mucha curiosidad, después se volvió hacia la pared, diciendo una palabra: -Castración.

-Tenemos -comenzó de nuevo el profesor- diversas muestras del tono de afinaciones femeninas que presenta nuestro idioma. Así, es llamativo que para los latinos persona y hombre es la misma cosa, *homo*, para los franceses *l'homme*, para ellos la mujer no es una persona completa.

-Cordada -entró Caprese en la conversación.

-No, siempre ha sido así -objetó el cuarto.

El profesor no dejó que lo enfurecieran. -Para ustedes la mujer es una cosa. *Ma chose*, dice el francés de la mujer.

-La persona -se interpuso de nuevo Keller-Caprese y en ese momento vio pasar a la señora de Lengsdorf, quien le lanzó una mirada aniquiladora; entretanto, Tomás confirmó otra vez, en silencio, la presión que obligaba al pintor a expresarse.

-¿Femenina? -tomó la palabra Tomás-. ¿Conoce usted algún pueblo donde la panza grande sea moda masculina, como entre los alemanes? ¿No es evidente que nosotros tenemos una lengua materna, cuando hasta los hombres están encinta? Y esta lengua materna es la más astuta que existe. Es doble, tramposa como todas las mujeres. El honrado francés, el inglés amante de la verdad no tienen oportunidad de mentir como nosotros. Ya desde el principio mismo de la oración deben decidir el sí o no; *ne pas* y *not*, no se pueden colocar al final de un largo periodo, como lo hacemos nosotros. Nosotros podemos reflexionar si queremos terminar de una manera positiva o negativa; sí, nos es posible empezar una comunicación con la intención de decir sí y si de repente nos conviene algo distinto, entonces podemos negar, sin la apariencia del engaño. Somos ricos comparados con otros pueblos, pues la capacidad para la mentira, para la bien reflexionada, ingeniosa y conveniente mentira, es el fundamento de la honradez, de la relatividad. Señores, todo consiste en no ser absolutos. En verano hace fresco con 15 grados Reaumur, en invierno decimos que hace calorcito. Y así es en todo. Cuando veo la barba del señor profesor, es un hombre viejo, pero cuando lo miro, como hace unos momentos, hacer bolitas de migajón, entonces es un niño.

El profesor se sobresaltó y a toda prisa trató de tapar las bolitas de pan con el hueco de su mano. -En cierto sentido, seguimos siempre siendo niños -dijo-, pero usted no debería ir tan lejos, es decir, confundir el peor vicio que existe, la mentira, con la relatividad de todas las cosas. La verdad es relativa, de acuerdo, pero usted no debería...

Tomás enrojeció repentinamente de furia. -¿Yo no debo? ¿Yo no debo? Por supuesto que debo. Y me gustaría saber qué quiere usted, en resumidas cuentas, con sus vicios. Inmediatamente, traiga también el vicio secreto a la conversación y hable sobre ello con la misma irreflexión que sobre las mentiras.

-Usted es bastante grosero, señor...

-Mundete, Tomás Mundete. Le pido disculpas, y siga usted sentado. Me causa un gran placer su conversación. Pero mire usted, en eso de la mentira tengo razón. Todo, la cultura toda estriba en ella; sí, sin ella la humanidad sería impensable. Tome usted, por ejemplo, una cuestión tan importante como defecar... estamos a la mesa, y a una buena comida le corresponde la plática sobre la indispensable costumbre de vaciarse. Ya Lutero reúne en el catecismo la alimentación y la necesidad de defecar; con mayor precisión, es una urgencia evacuar la vasija, si ha de ser llenada de nuevo, y, debido al contagio espiritual, al llenar se debe pensar un poco en la evacuación, por lo menos.

En ese momento se levantó Keller-Caprese, que desde hacía rato se estaba columpiando en su silla.

- *Exemplum docet* -rió el profesor-, vaya usted nomás -añadió luego por pura costumbre, como si un alumno en apuros le hubiera pedido permiso de salir.

-Así pues -de nuevo habló Tomás-, ¿qué hubiera sido del mundo, si las madres no le enseñaran a sus hijos que la caca es sucia, apestosa, asquerosa? Ésa es, por supuesto, una burda mentira. Porque, en verdad, no encontramos que nuestra propia suciedad sea sucia; no podemos, ya que la traemos de aquí para allá en nuestra panza, ya que nos comemos como pan las boñigas transformadas (si sigue haciendo bolitas, le voy a dar un manazo en los dedos), tampoco nos apesta, o ¿acaso no se desliza usted bajo las sábanas para gozar en espíritu, intensivamente, sus propios aires? Tampoco nos da asco, pues todos la contemplamos y nos alegamos con nuestro chorizo. Pero...

-¿Qué sucedería en el mundo, si no se desacostumbrara a los niños a hacerse en los calzones? -sonrió malignamente el cuarto silencioso, que se había dedicado a chupar con sus gruesos labios su puro.

-¿O si no se les acostumbrara a limpiarse? -añadió Tomás, lanzándole una mirada interrogante a Keller-Caprese, que venía de regreso-. ¿O si los adultos, exactamente como hacen los niños chiquitos, quisieran manifestar su amor a la persona amada cagando? No, no, la mentira es noble, es sublime, una exigencia moral. Y hablando de cagar, ¿habría, pues, comercio si esta costumbre excesivamente moral no fuera conservada por los comerciantes? Nos podrá dar información sobre esto nuestro amablemente silencioso compañero de mesa. Usted es comerciante, ¿o me equivoco?

El aludido afirmó con la cabeza. -Viajante de la Compañía León e Hijo, negocio de vinos *en gro* y *en détail***.

-Ya me lo figuraba. ¿Por qué, si no, habría gastado tanto tiempo estudiando la carta de los vinos y, luego, le pidió al mesero vinos de su propia compañía? Además... -Tomás se tocó de nuevo las narices- no está usted hasta aquí. Usted se avergonzó cuando, hace un rato, yo hablaba del nariz rojo. El suyo tira a azuloso también, se expresa en ello la nostalgia por el cielo, el jalón hacia la altura, lo supraterrrenal. ¿Y dónde se hallaría esto, si no en el vino?

Tomás se dirigió al mesero y pagó sus dos cuentas.

-El vino en sí -dijo el viajante, rascándose la calva- sería bueno. Bien visto, cuando es bueno. Pero, para probar y revolver bebidas con los clientes, hace falta una panza de caballo.

-Y, además, usted tiene que exterminar sus propios productos -se burló Keller-Caprese.

-Por favor, la Compañía León e Hijo...

-jamás transforma agua en vino -irrumpió Tomás-. Sin embargo, admitamos que, en efecto, no se vuelve a extraer nunca de la Cava del León lo que fue recogido, por esta razón el vino continúa siendo un jugo santo, ya lo dice la Biblia. Sólo los pecadores beben hasta corromperse. El vino y la religión se conjugan, para nosotros tanto como para los cultos dionisiacos de los griegos. De esta forma sirve, pues, León y también su hijo a la Iglesia eterna en *gros* y en *détail* ; y hace lo mismo aunque el vino no sea, en el altar, lacrimae Christi, ni leche de nuestra amada señora.

-Usted se dedica a las blasfemias, señor Mundete -gritó Keller-Caprese y se persignó como buen católico-. Esos son pecados mortales, pecados contra el Espíritu Santo.

-No fui yo quien le dio nombres a los vinos -replicó Tomás sonriendo- y tampoco fui yo el que implantó la comunión.

El profesor, audaz ateo y *écraseur de l'infâme superstition****, sonrió satisfecho, mientras que al viajante se le había apagado el puro del susto que tenía. Parecía muy pensativo, sin lograr prender el puro con el cerillo preguntó:

-¿Y cuál es el pecado en contra del Espíritu Santo?

-Ananias -gritó Tomás con mucha fuerza y se rió al ver que el preguntón se estremecía y dejaba caer el

**.- Al mayoreo y al menudeo. Aparece en el original en francés. (N. del T.)

***.- En francés en el texto. Destructor de la infame superstición (N. del E.).

cerillo encendido. En toda la mesa reinó un confuso silencio. El viajante había extraído un nuevo cerillo, pero olvidó prenderlo. Durante largo rato, se quedó mirando como bobo a Tomás, luego entornó los ojos y se colocó el puro en la boca; con el cerillo apagado en la mano, intentó prender la colilla sin fuego.

-¿Se cuenta usted entre las personas -preguntó Tomás, tendiéndole un cerillo encendido- que pretenden deleitarse con la imaginación, pues consideran dañino para la salud el acto del frotamiento? Y deberían saber que, sin frotamiento, no hay fuego; que el amor a sí mismo produjo la chispa de Prometeo. Fuego solar dentro de un palo hueco, ¿acaso no lo entiende? Todos nosotros no lo hemos hecho de otra manera.

-Permítame usted -gritó el profesor.

Y Keller- Caprese lo secundó:

-Yo no sabía.

-Pero yo sí sé -continuó Tomás sin enfadarse-, usted, el de los pinceles, debería callarse y seguir produciendo paisajes con su óleo, y el señor profesor, la forma en que despreció hace unos momentos la banana. Ya habrá notado la extraña configuración de un plátano a medio pelar. Y, por supuesto, el nombre: banana-anana-ananías, no hay ninguna duda. Este horror, que usted mostró, me puso a pensar que usted previene también a sus alumnos contra el vicio secreto. Pero lea usted la Biblia. Es un vulgar extravío de la humanidad por consideraciones de negocios, pues estos libritos de advertencias se encuentran expandidos igual que los bacilos de la tuberculosis. Todo es un embuste. Nada más consulte usted: el héroe Onán...

En ese instante se acercó el capitán de meseros a la mesa. -Debo pedirles a los señores que tengan a bien abandonar el salón comedor. Pues los otros clientes se quejan del tono de su conversación -Tomás miraba al mesero con los ojos fuera de las órbitas.

-Se quejan, ¿y por qué, pues?

El profesor se levantó de inmediato y huyó, de la misma forma que Keller-Caprese escapó a la amenazadora tormenta.

-Se considera -dijo el capitán- que sus palabras ofenden la decencia.

Sí, entonces ¿son las gentes nuestros gobernantes? -preguntó maliciosamente el viajante de negocios, apoyando sus codos sobre la mesa y poniéndose el puro en la comisura de los labios.

-Los señores amenazaron con la policía y tienen razón. Sólo para suavizar la cuestión, utilicé la expresión "ofender la decencia", se dijeron palabras muy distintas.

Tomás se había dado la vuelta y miraba con curiosidad infantil a las otras gentes. -Y con esto, todos estos tipos, sin excepción, tienen puros metidos en la boca. ¡Fanerófalos!

El comerciante era ahora la pura brutal resistencia. -No se me ocurre en lo más mínimo abandonar el comedor -se acomodó en su asiento y metió las manos en sus bolsillos.

Tomás imitaba cada movimiento. -A mí tampoco se me ocurre ni en sueños -añadió.

-Si los señores...

-Me quedo aquí hasta llegar a la próxima estación, que es donde bajo.

-Y yo también -dijo Tomás y se esforzó por parecer un caballero de la Alta Baviera preparándose para pelear.

-Entonces, tendré que avisarle al maquinista...

-No hace falta -lo interrumpió León e Hijo-. El tren está entrando a la estación. Aquí me bajo.

-Y yo también -ambos se levantaron, se pusieron los sombreros y, marchando a paso de ganso, salieron del vagón. El viajante iba echando humo como una locomotora y Tomás, a falta de un puro, se puso a resoplar.

Volver a publicaciones de Georg Groddeck

Volver a Newsletter 24-ex-50